

Carmen Cereceda, el lugar de *El encuentro*

“México, para mí, fue siempre un viaje de esperanza”, casi que con esas palabras se presenta la maestra Carmen Cereceda ante la pregunta de qué la había traído acá en 1950 desde Santiago de Chile. Llegó recién graduada de la escuela de artes chilena para aprender nuevas técnicas en el entonces vanguardista Instituto Politécnico Nacional.

Desde entonces se quedó prendada de nuestro país, fascinada por “la mezcla de razas, la mezcla de culturas, que era muy evidente. Esa variedad, con todo y la fuerza indígena que hay acá, estaba tan viva... Cuando cualquiera llegaba de otro lado del mundo, esa cultura mexicana te abrazaba y se sentía cómo se juntaban las aguas, y era una estampa única de convivencia. A lo que aspira el mundo, aquí se dio por esa época”, nos comparte, siempre con una sonrisa.



Cómplice de los últimos trabajos de Diego Rivera, pudo también observar de cerca los trazos de Rina Lazo y de Siqueiros, quizá en su periodo más productivo y manifiesto. Cereceda y México, diálogo constante desde hace 70 años, es un susurro que de cuando en cuando vuelve a resonar, y hoy se materializa en un muro de la embajada chilena en nuestro país, y ella lo relata así:

“Fui a la embajada con una amiga, profesora directora de la escuela de lenguas de la UNAM, porque en la Secretaría de Educación nunca se interesaron por mi propuesta para pintar un mural donde fuera, estoy segura que nunca siquiera revisaron todas las cartas que escribí. Se me ocurre que triangular con el embajador de Chile y la Secretaría era buena idea, a él ni modo que le dijeran que no. Fuimos, entonces, a buscar al ingeniero Domingo Arteaga Echeverría, le explicamos y para pronto me dijo ‘Pinte aquí primero y luego vemos la otra posibilidad’”.

“No me entusiasmaban nada los muros de la embajada, además la sala donde el embajador quería estaba llena de polvo, llena de carpinteros, de electricistas, de ayudantes, todo en remodelación. Igual no me gustó, porque no había un espacio de continuidad. ‘Yo le mando bajar el muro de la puerta para que se conecten los dos muros y usted haga su mural’, así de conocedor, de entusiasta por el arte. Eso me gustó y acabó por animarme.”

“‘Deme dos meses’, le pedí lo mínimo para la proyección del trabajo. Lo presenté, le fascinó, se lo mostró a medio mundo. Empecé por la sirenita, y no había día en que no pasara a ver cómo evolucionaba el trabajo”, así creció el mural hoy llamado *El encuentro*, que plasma la amistad enigmática por entrañable a larga distancia entre Chile y México.

“Los elementos que fueron surgiendo en el mural son un misterio”, sigue relatándonos Cereceda. “No tan misterioso porque estoy acostumbrada a él. Desde siempre, primero la geometría, uso casi siempre el rectángulo y la sección áurea, sin la cual no se puede trabajar en la armonía. Las ideas van cayendo, basta que uno esté frente al espacio, que tenga lista la geometría y lo demás cae. ¿De dónde? De todo. ¿Qué es lo que cae? Todo lo que en mi cabeza y en mi corazón se cruza.”

“La alusión a Gabriela Mistral era una obligación. Pensar que Vasconcelos buscó desesperado a Gabriela para que viniera a alfabetizar a un pueblo que había hecho la revolución pero que no sabía ni leer ni escribir. Me contaba la misma Gabriela que Vasconcelos le dio todos los poderes para que propulsara cualquier idea. A las cinco de la tarde ella cerraba toda la circulación del centro de la ciudad. Ni una bicicleta pasaba, y todas las calles se convertían en escuela. Toda la gente leyendo, escribiendo, aprendiendo historia, todos en harapos educándose”, una revolución que llegaba a ser maravillosa en los vínculos trazados entre Santiago y la Ciudad de México.



Oficios, plantas, paisajes, mitos, cantares y hasta una angelita con rasgos de autorretrato, Cereceda enlaza... enaltece los lazos que, como ella dice, se cruzan en su interior entre lo que piensa de Chile y siente de nuestro país, en lo que sueña de ambos mundos, y nos descubre un mapa de un reino poderoso, que es el de su imaginación, el único posible para traducir algún misterio que tengamos cerca.

El mural, que a lo largo de este número de la revista se muestra a cabalidad, es así un testimonio sensible de una experiencia única, la de una artista viajera, que, a través de sus colores, su geometría amada, consigue hacer de un cariño abstracto entre dos naciones, un terreno donde se hace tangible lo significativo.

